

LA TEORÍA MARXISTA DE LA SOBREACUMULACIÓN Y LA CRISIS¹

THE MARXIST THEORY OF OVERACCUMULATION AND CRISIS

Simon Clarke

Traducción: Rodrigo F. Pascual

Instituto de Cultura, Sociedad y Estado, UNTDF/CONICET
ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-3938-8132>
rpascual@untdf.edu.ar

Franco J. Quiroga

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades “Alfonso Vélez Pliego”, BUAP
ORCID: <https://orcid.org/0000-0003-2601-434X>
quiroga.franco90@gmail.com

RESUMEN

En este artículo pretendo contrastar las teorías de crisis de la década de 1970 basadas en la “tasa de ganancia decreciente” con el “subconsumismo” de la tradición marxista ortodoxa. El argumento central es que, al rechazar las teorías subconsumistas tradicionales de la crisis, el marxismo contemporáneo ha tirado al bebé junto con el agua de la bañera, con desafortunadas consecuencias teóricas y políticas. Una crítica más adecuada del subconsumismo tradicional no conduce a la tasa de ganancia decreciente, sino a una teoría

¹ Clarke, Simon (1990/1991). “The Marxist Theory of Overaccumulation and Crisis”. *Science & Society*, 54(4), Winter, 442-467. (NdT) Este artículo es resultado del libro de Clarke, Simon, *Marx's Theory of Crisis*.

de la desproporcionalidad de la crisis, que sigue la teoría tradicional al considerar las crisis no como eventos de época sino como expresiones de las tendencias permanentes de la acumulación capitalista.

Palabras clave: sobreacumulación, crisis, tasa de ganancia decreciente, desproporcionalidad de la crisis.

ABSTRACT

In this paper I intend to contrast the “falling rate of profit” crisis theories of the 1970s with the “underconsumptionism” of the orthodox Marxist tradition. The central argument is that in rejecting traditional underconsumptionist theories of crisis contemporary Marxism has thrown the baby out with the bathwater, with unfortunate theoretical and political consequences. A more adequate critique of traditional underconsumptionism leads not to the falling rate of profit, but to a disproportionality theory of crisis, which follows the traditional theory in seeing crises not as epochal events but as expressions of the permanent tendencies of capitalist accumulation.

Keywords: overaccumulation, crisis, falling rate of profit, disproportionality theory of crisis.

1. TEORÍA MARXISTA CONTEMPORÁNEA DE LAS CRISIS

La teoría marxista de las crisis se distingue de las teorías burguesas en primer lugar por su preocupación por la *necesidad* de las crisis, con el fin de establecer que la estabilización permanente del capitalismo y las mejoras a causa de la lucha de clases, en las que el reformismo cifra sus esperanzas, son imposibles. Demostrar que las crisis son posibles y pueden resultar de una amplia gama de causas es un ejercicio relativamente trivial. Demostrar que son *necesarias* es una tarea mucho más difícil.

En la década de 1970 se desarrolló una serie de teorías marxistas de las crisis. Por un lado, había teorías que las explicaban en términos del impacto de la lucha de clases sobre la tasa de ganancia, los “neoricardianos” que se centraban en la lucha salarial (Glyn y

Sutcliffe, 1972; Boddy y Crotty, 1975), y los teóricos del “proceso de trabajo” que se centraban en la lucha por la producción (Bell, 1977). Por otra parte, hubo teorías que explicaron las crisis en términos de la “ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia”, ya sea directamente, como resultado de la creciente composición orgánica del capital (Mattick, 1969; Yaffe, 1972; Cogoy, 1972, 1973a, 1973b), o indirectamente, como resultado del agotamiento del ejército de reserva de fuerza de trabajo (Itoh, 1980, 1988).²

Todas estas teorías, a pesar de sus diferencias, se basaban en un rechazo de los enfoques que consideraban que las barreras a la realización eran la fuente de las crisis, que se asociaban con el “subconsumismo” que supuestamente había dominado la tradición marxista ortodoxa. Políticamente, las razones de este rechazo eran claras: el subconsumismo se había asociado con una política reformista keynesiana, que buscaba superar las tendencias a la crisis de la acumulación mediante la intervención en el nivel de la distribución y el intercambio, dejando intactas las relaciones sociales de producción capitalista. Teóricamente, esto condujo a una insistencia en que la necesidad de la crisis no podía localizarse en el nivel de la distribución o el intercambio, sino que tenía que basarse en las “condiciones generales de la producción capitalista” (Marx, *Teorías de la plusvalía*, II: 474).

Esta insistencia en la primacía de la producción tendía a estar basada implícitamente en un materialismo mecanicista, que insistía en que el proceso inmediato de producción era en cierto sentido más “real” que las relaciones de distribución o intercambio, un materialismo que era un reflejo filosófico de una concepción estrecha de la lucha de clases en la que los hijos del trabajo, de manos callosas, eran los guerreros de clase privilegiados, una concepción que podría haber reflejado la realidad de las luchas de base de los años 1960 y principios de los años 1970, pero que ya estaba volviéndose obsoleta a mediados de los años 1970.³

² Algunos escritores adoptaron varias teorías, correspondientes a diferentes etapas del desarrollo del capitalismo (por ejemplo, Aglietta, 1979; Wright, 1977).

³ He discutido esto en relación con la teoría del valor en Clarke (1980).

La implicación de este “productivismo” para la teoría de la crisis era que la fuente de la crisis no podía verse en los problemas que enfrentaba la *realización* de plusvalía, sino que tenía que estar arraigada en las condiciones de *producción* de plusvalía. En otras palabras, mientras que para la tradición marxista ortodoxa una caída de la tasa de ganancia era sólo *resultado* de una crisis de realización, para las teorías de los años 1970 la caída de la tasa de ganancia era la *causa* de la crisis. Diferentes teorías diferían en cuanto a la causa precisa de la caída de la tasa de ganancia, pero había un acuerdo generalizado en que la tendencia a la crisis residía en alguna forma de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia.

En correspondencia con este énfasis en la producción de plusvalía y el foco en la caída de la tasa de ganancia, la teoría de la crisis se formuló a nivel del capital en general, haciendo abstracción de cualquier problema de realización, que podría admitirse que podría ser una *posible* fuente de crisis, pero que nunca podría explicar la *necesidad* de la crisis porque surgían de fallas contingentes del mercado. Esto a su vez implicaba, explícita o implícitamente, que las teorías se formulaban en términos de modelos de equilibrio general, no en la creencia de que tales modelos describieran una tendencia real, sino sobre la base de que la fuente de las crisis debe descubrirse en las condiciones de producción capitalista, haciendo abstracción de cualquier desequilibrio de mercado que pudiera surgir contingentemente.

Aunque los debates en torno a la teoría de la crisis alcanzaron un alto nivel de sofisticación teórica, el marco teórico en el que se llevaron a cabo resultó teórica y políticamente estéril. Las teorías de la crisis que surgieron no se ocupaban de las tendencias históricas de la acumulación capitalista, sino de producir una prueba formal y abstracta de la inevitabilidad última de la crisis. En consecuencia, la crítica marxista del reformismo siguió siendo formal y abstracta, reforzando en lugar de superar el aislamiento sectario de la izquierda revolucionaria, ya que la sofisticación teórica de su teoría de la crisis sólo era equiparable a su irrelevancia política.

La mayor parte de las críticas a las teorías de la caída de la tasa de ganancia se centraban en la cuestión de si existe o no una tendencia inherente a su caída. Sin embargo, esta cuestión, aunque

teóricamente importante, no viene al caso. El asunto más importante es qué conexión tiene esa tendencia con la teoría de la crisis. El hecho es que una caída de la tasa de ganancia no es una condición necesaria ni suficiente para la crisis. Que una caída de la tasa de ganancia no sea una condición *necesaria* para la crisis es trivial y obvio; para las teorías tradicionales de las crisis basadas en el subconsumo y la desproporcionalidad, la caída de la tasa de ganancia es un resultado y no una causa de la crisis. El hecho de que una caída de la tasa de ganancia no sea una condición *suficiente* para que se produzca una crisis era un lugar común en la tradición marxista, pero parece que en los debates contemporáneos no se ha reconocido tanto. Para aclarar este punto, conviene volver a los argumentos tradicionales.

2. LA CAÍDA DE LA TASA DE GANANCIA EN LA TRADICIÓN MARXISTA

La concepción tradicional de la ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia era que esta ley describía una tendencia secular de acumulación a largo plazo, pero no podía proporcionar la base de una teoría de la crisis. La razón era simple. Una crisis representa una ruptura en el proceso de reproducción del capital, ya que el capital se retira de la circulación y se inmoviliza en la forma de dinero. Una mera caída de la tasa de ganancia no es una condición suficiente para la retirada del capital de la circulación, ya que seguirá mereciendo la pena invertirlo mientras haya oportunidades de inversión que ofrezcan la perspectiva de una tasa de ganancia positiva. Se creía ampliamente que esto implicaba que la condición para una crisis no es una caída de la *tasa* de ganancia, sino una caída de la *masa* de ganancia.⁴ Sin

⁴ Esta creencia errónea se basaba en una confusión entre la “tasa marginal de ganancia” que correspondía al capital social total, que es negativa si la masa de plusvalía disminuye, y la tasa de ganancia apropiada por el capital “marginal”, que es positiva siempre que existan posibilidades de inversión rentable.

embargo, la tendencia decreciente de la tasa de ganancia no está asociada con una caída, sino con un aumento de la masa de ganancia, y la tasa de ganancia cae sólo porque la composición orgánica del capital aumenta más rápidamente que la tasa de explotación.

La existencia de una tasa positiva de ganancia y, por lo tanto, de una masa creciente de ganancia, está garantizada por las condiciones de la producción capitalista, que presuponen el desarrollo de las fuerzas y relaciones de producción que garantizan la posibilidad de producción de plusvalía. La implicación inmediata es que las condiciones de la crisis no pueden descubrirse en las condiciones del proceso inmediato de producción, sino sólo en el proceso de reproducción capitalista en su conjunto, la unidad contradictoria de sus diversos momentos. La fuente de la crisis no reside ni en la “anarquía del mercado” ni en el proceso inmediato de producción, sino en la relación entre ambos, en el “proceso de circulación que es en sí mismo también un proceso de reproducción” (*Teorías sobre la plusvalía*, II: 472. Cf. *El capital*, III: 628-629; *Grundrisse*, 362-363). Más específicamente, para Marx, como para toda la tradición marxista ortodoxa, la fuente de la crisis residía en la contradicción entre la tendencia capitalista a desarrollar las fuerzas productivas sin límites, por un lado, y la tendencia a restringir el poder de consumo de la masa de la población, por el otro, contradicción que sustenta la teoría ortodoxa del “subconsumo” (o, más exactamente, de la “sobreproducción”) de la crisis.⁵ La caída de la tasa de ganancia no es una causa de la crisis, es su expresión; la expresión del fracaso del capital en realizar la masa de plusvalía que ha producido.

Esto no quiere decir que una caída de la tasa de ganancia no pueda conducir a una crisis, sino sólo que tal caída no puede explicar su *necesidad*. Si emerge una crisis, no es debido a la caída de la tasa de ganancia, sino a la incapacidad del sistema para ajustarse a las condiciones cambiantes de producción, de las cuales la caída de la tasa de ganancia es la expresión cuantitativa. Esta es

⁵ Las citas pertinentes son innumerables y los comentaristas tradicionales son unánimes. Para dos exposiciones por lo demás muy contrastantes, véase Sweezy, 1946, 173-8; Rosdolsky, 1977, Parte VII.

la razón por la que, en general, cuando los teóricos de la caída de la tasa de ganancia explican su teoría de la crisis, resulta que es esencialmente una teoría de la desproporcionalidad. Las versiones “keynesianas” de esta teoría se centran en la desproporción entre consumo e inversión dentro de una teoría keynesiana del ciclo de inversión, en la que la “trampa de liquidez” impide el ajuste a una tasa de ganancia más baja (Mage, 1963; Mandel, 1968). Las versiones “hayekianas” subrayan las desproporcionalidades entre los departamentos I y II, que se intensifican por la expansión injustificada del crédito (Mattick, 1969; Aglietta, 1979; Itoh, 1988; Clarke, 1988b, 1989). La crisis se explica entonces en términos de un colapso del sistema crediticio cuando la expansión del crédito alcanza sus límites. Así, en realidad, la explicación de la necesidad de la crisis no reside en la caída de la tasa de ganancia, sino en una teoría cuasikeynesiana o cuasihayekiana del crédito, según la cual la expansión del crédito sostiene o amplifica las desproporcionalidades que no han sido corregidas por el mercado. Sin embargo, una caída de la tasa de ganancia o un cambio en la composición orgánica del capital no son condiciones necesarias ni suficientes para que se produzca una crisis de desproporción. De hecho, el enfoque en la tasa de ganancia desvía la atención del verdadero problema al que se enfrentan esas teorías, que es el de explicar por qué el mercado no corrige las desproporcionalidades y por qué la regulación adecuada del crédito no puede evitar la tendencia a la crisis. Sin embargo, para explicarlo tendrían que elaborar una teoría de la competencia y del crédito, en lugar de limitarse a tomarlas prestadas de los economistas burgueses.

Marx ciertamente consideraba importante la “ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia”. Pero a lo largo de su obra no se la interpreta como una teoría de la crisis, sino como una ley secular cuya importancia es que *intensifica* las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista, entre el desarrollo de las fuerzas productivas, expresado en la concentración y centralización del capital, y la pauperización relativa de la masa de la población, expresada en la desprofesionalización de la mano de obra y el aumento del ejército de reserva. Esto se debe en parte a

que una caída en la tasa de ganancia intensifica la presión competitiva, empuja a los capitales más débiles a la quiebra, pero más fundamentalmente se debe a que una caída en la tasa de ganancia es “idéntica en significado” (*Grundrisse*, 281) al desarrollo de las fuerzas productivas, la disminución de la proporción de capital invertido en salarios y la creciente escala de la producción capitalista. Así pues, no hay ninguna incoherencia entre la importancia que Marx atribuía a la ley secular de la tendencia a la caída de la tasa de ganancia y su defensa de una teoría de la crisis basada en la sobreproducción, pues esta última no es más que el “desarrollo de las contradicciones internas de la ley” (*El capital*, III: 625-635).

3. LA TEORÍA DE LA CRISIS EN LA TRADICIÓN MARXISTA

No cabe duda de que la teoría marxista tradicional de la crisis era subconsumista, en sentido amplio del término. Sin embargo, la mayoría de los marxistas siguieron a Engels al distinguir claramente la teoría marxista de la “sobreproducción” del crudo subconsumismo de Dühring y Lassalle, basado en la “ley de hierro de los salarios”. En la biblia del marxismo ortodoxo, *Anti-Dühring*, Engels sostenía que el subconsumo es un “fenómeno milenario”, mientras que las crisis surgen únicamente en el modo de producción capitalista. Así, el subconsumo es “una condición previa a las crisis y desempeña en ellas un papel que se ha reconocido desde hace mucho tiempo. Pero nos dice tan poco por qué existen las crisis hoy como por qué no existían antes” (394). La fuente de la crisis no era la pobreza absoluta de las masas, sino la relación dinámica entre el desarrollo de las fuerzas productivas y el crecimiento del consumo, basada en la forma contradictoria de la producción capitalista, que llevó a la acumulación a avanzar constantemente por delante del crecimiento de la demanda de medios de consumo. Los marxistas insistieron repetidamente, contra los subconsumistas, desde Sismondi hasta los populistas rusos, en que la producción capitalista crea su propio mercado, pero creían

que esto no resolvía el problema de la realización, sino que sólo lo recreaba en un nivel superior: la tendencia del capital a disminuir constantemente la parte del capital pagado en salarios significaba que tenía que correr cada vez más rápido para mantenerse en pie.

Esta teoría de la crisis tenía dos grandes méritos, de los que carecen nuestras teorías contemporáneas. En primer lugar, no se basaba en la abstracción hipotética de modelos formales, sino que lo hacía de las tendencias históricas de la acumulación capitalista descritas por Marx en el tomo I de *El capital* y resumidas en la “ley general” de la acumulación capitalista, que expresaba la contradicción entre la tendencia del capital a desarrollar las fuerzas productivas sin límites, por un lado, y la tendencia a restringir el poder de consumo de la masa de la población, desplazando el trabajo vivo, reduciendo el valor de la fuerza de trabajo y ampliando el ejército de reserva de fuerza de trabajo, por el otro. En segundo lugar, esto significaba que tenía una concepción de la crisis no como un acontecimiento de época, que marca una ruptura en el curso “normal” de la acumulación, sino como una tendencia que es permanentemente inherente al proceso de acumulación de capital, como un aspecto omnipresente de la lucha de clases, lo que le daba a la teoría una relevancia política inmediata y cotidiana (esto no significaba que se aplicara necesariamente como una fuerza revolucionaria; basta con comparar a Kautsky y Rosa Luxemburgo). La teoría de la crisis no sirvió, como sostuvieron Bernstein y los críticos posteriores, como base de una visión catastrofista de la revolución, sino como explicación de la permanencia de la lucha de clases.

La debilidad de la teoría residía, sin duda, en sus tendencias subconsumistas. No necesitamos repetir aquí todos los argumentos contra el subconsumismo. El argumento más importante para los fines que nos ocupan es que el subconsumismo se basa en la “abstracción forzada” del consumo respecto del proceso de reproducción del capital en su conjunto, considerando el “consumo final” como el propósito “último” de la producción capitalista y la única base segura para la realización de la plusvalía. Cuando analizamos el consumo en el contexto de la reproducción del capital, resulta claro que no existe tal cosa como el “consumo final”. La producción y el consumo no son idénticos, como implicaba la ley de Say, ni están divorciados uno

del otro, como creería un subconsumista rudimentario, sino que son “momentos de un proceso”, “miembros de una totalidad, distinciones dentro de una unidad” (Grundrisse, 14: 19-20). Este fue esencialmente el argumento utilizado por Tugan-Baranowsky al descartar el subconsumismo sobre la base de los esquemas de reproducción de Marx, y que posteriormente se ha convertido en un lugar común del marxismo contemporáneo, ya sea basado en los esquemas de reproducción o en versiones burguesas de la teoría del equilibrio general.

La creencia de que el subconsumismo constituía una falla fatal en la teoría ortodoxa se basa en el supuesto de que el subconsumo y la sobreproducción son “caras opuestas de la misma moneda” (Sweezy, 1946: 183), de modo que la segunda cae junto con la primera. Sin embargo, la complementariedad de las dos teorías aparece sólo sobre la base de la “abstracción forzada” de la producción del consumo. Dentro del marco de la reproducción del capital en su conjunto, la simetría desaparece. Mientras que la teoría del subconsumo se ve socavada como base de una teoría de la necesidad de la crisis, la teoría de la sobreproducción, basada en la tendencia capitalista a desarrollar las fuerzas productivas sin tener en cuenta los límites del mercado, se generaliza como una tendencia desigual inherente a todas las ramas de la producción y, por tanto, como base de una tendencia necesaria, no al subconsumo sino a la desproporción.

4. LA COMPETENCIA, LA ANARQUÍA DEL MERCADO Y LA TEORÍA DESPROPORCIONAL DE LAS CRISIS

Los socialistas revolucionarios han tendido a rechazar las teorías desproporcionistas de las crisis, principalmente por sus estrechas asociaciones con los reformistas. La fuente de la teoría desproporcional fue la crítica que Tugan-Baranowsky hizo en 1893 al subconsumismo basándose en los esquemas de reproducción de Marx, que supuestamente demostraban que las desproporcionalidades eran la única fuente posible de crisis y que éstas no eran necesarias sino contingentes, surgiendo de la ignorancia de los capi-

talistas respecto del desarrollo futuro del mercado e intensificadas por la expansión del crédito que sustentaba la expansión desproporcionada de la producción. Este argumento fue aprovechado por el ala reformista de la socialdemocracia como argumento a favor de reformas que superarían la “anarquía del mercado” mediante la coordinación centralizada de la producción capitalista.

La respuesta ortodoxa a Tugan fue esencialmente argumentar que en el caso de la relación entre producción y consumo la desproporción no era contingente sino necesaria. El uso formalista que Tugan hacía de los esquemas de reproducción hacía abstracción de las relaciones sociales y las tendencias históricas de la producción capitalista que subyacían a la inevitable tendencia a la sobreproducción. Esta respuesta se basa claramente en el estatus especial atribuido al consumo “final”. Sin embargo, el reconocimiento de que la desproporcionalidad entre “producción” y “consumo” no tiene un estatus especial no implica el rechazo de la crítica ortodoxa de Tugan, sino más bien su generalización. La tendencia del capital a expandir la producción sin tener en cuenta los límites del mercado subyace a la tendencia necesaria a la desproporcionalidad y, por lo tanto, a la necesidad de la crisis como medio para rectificar tales desproporcionalidades. La clave de la teoría tradicional de la crisis no reside en la tendencia al subconsumo, sino en la tendencia a la sobreproducción. Para evaluar esta teoría, debemos abordar una pregunta que en gran medida se daba por sentada en los textos tradicionales: ¿cuál es el fundamento de la tendencia a la sobreproducción?

Para la mayoría de los marxistas ortodoxos, la tendencia a la sobreproducción se explicaba por la ciega e insaciable sed de lucro del capitalista, que constantemente impulsa la producción más allá de los límites del mercado. Sin embargo, si nos centramos en la subjetividad del capitalista, esta sed de lucro parece irracional. Si la perspectiva de ganancia es el acicate para la expansión de la producción, la anticipación de pérdidas en caso de sobreproducción debería igualmente restringir la ambición del capitalista. La implicación parecería ser que la tendencia a la sobreproducción no tiene fundamento objetivo, sino que se basa en la irracionalidad subjetiva del capitalista, y sólo puede ser el resultado de los factores subjetivos de la temeridad

o la ignorancia, que es la conclusión a la que llegan los economistas burgueses. El capitalista racional anticipará la presión competitiva que resultará de la sobreproducción y se retirará a una rama de producción más rentable, de modo que la oferta en cada rama de producción se ajuste a la demanda: el papel funcional del mercado en el capitalismo es precisamente eliminar las desproporcionalidades emergentes. Si surgen crisis, sólo puede ser debido a la existencia de barreras que impiden el funcionamiento adecuado del mercado.

El análisis burgués de la competencia es formal, idealista, circular e internamente contradictorio. Para el economista burgués, el capitalista es un puro árbitro que mueve el capital instantáneamente entre las ramas de producción para asegurar la uniformidad de los precios y de las condiciones de producción dentro de las ramas de producción, y la uniformidad de la tasa de ganancia entre las ramas de producción, necesarias para establecer un equilibrio. El análisis es formal porque se abstrae por completo de las relaciones sociales dentro de las cuales tiene lugar la competencia. Es idealista porque la competencia es un proceso intelectual de toma de decisiones racional. Es circular porque presupone un conocimiento (“expectativas”) que anticipa el resultado del proceso cuyo curso determina. Es contradictorio porque las oportunidades de obtener ganancias sólo surgen en la medida en que el mercado no logra establecer un equilibrio, de modo que la presunta tendencia al equilibrio extingue a los agentes cuya actividad empresarial sustenta esa tendencia.⁶

La implicación de todas estas teorías es que las reformas en la esfera del intercambio, ya sea para restaurar las condiciones de competencia perfecta eliminando poderes monopolísticos y/o facilitando la movilidad del capital, o para introducir “modos de regulación” alternativos o “estructuras sociales de acumulación” para asegurar la proporcionalidad, evitarán la amenaza de crisis. Esto

⁶ Las teorías del “desequilibrio” de la competencia permanecen dentro de este marco ingenuo (Walker, 1988), como también lo hacen aquellas teorías marxistas que ven la fuente de la crisis en las “barreras” a la competencia presentadas por los poderes monopolísticos (por ejemplo, Kalecki) o la inmovilidad del capital fijo (Weeks, 1979; 1981).

se debe a que estas teorías recurren a la irracionalidad subjetiva o a la contingencia histórica o institucional, en lugar de explicar la necesidad de la crisis como la expresión directa de la forma contradictoria de las relaciones sociales de producción capitalista.

5. LA COMPETENCIA CAPITALISTA Y EL FETICHISMO DE LAS MERCANCÍAS

La teoría burguesa de la competencia atribuye a sus agentes conocimientos y previsión que no pueden tener, de modo que en realidad son incapaces de desempeñar adecuadamente sus funciones asignadas. Esta es la fuente de la “anarquía del mercado”, pero no es el defecto fatal de la teoría burguesa del mercado. Mucho más fundamentalmente, la teoría burguesa del mercado es una teoría de una institución social que simplemente no existe. El mercado, tal como lo describe la teoría burguesa de la competencia, es un producto de la imaginación burguesa. No sólo no existen los conocimientos necesarios, sino también los papeles que desempeñan sus agentes y las relaciones sociales en las que se supone que deben participar. En tales circunstancias, ningún conocimiento ni previsión puede permitir que la institución funcione con mayor perfección.

Los agentes de la competencia capitalista no son sujetos individuales que compran y venden mercancías para obtener ganancias o maximizar su bienestar, ellos son los agentes de las relaciones sociales de producción: los capitalistas buscan realizar su capital-mercancía en forma de dinero; los capitalistas buscan transformar su capital-dinero en forma de medios de producción y fuerza de trabajo; los trabajadores buscan vender su fuerza de trabajo o comprar los medios de subsistencia necesarios; los pequeños productores de mercancías buscan disponer de sus propios productos. Al intercambiar mercancías, estos individuos buscan reproducirse socialmente restableciendo un papel para sí mismos dentro de la reproducción de las relaciones sociales de producción

capitalistas. Las relaciones de intercambio son un momento de este proceso de reproducción social y no pueden analizarse haciendo abstracción de ese proceso.

Las relaciones de intercambio se diferencian según las relaciones sociales de producción cuya reproducción expresan. Estas formas diferenciadas no pueden reducirse a diversas formas "imperfectas" de un sistema ideal de relaciones de intercambio que sólo existe en el cerebro fértil del economista. Sin embargo, las relaciones de intercambio tienen un significado distintivo y general como un momento particular en el proceso de reproducción del capital, ya que es sólo en la forma de competencia que el carácter social de la producción capitalista se impone a los agentes individuales como una fuerza externa. Este carácter social aparece en la forma de barreras presentadas a las aspiraciones de los agentes individuales por la voluntad subjetiva de otros. Sin embargo, estas barreras no son subjetivas ni individuales, son la forma en que los límites naturales, sociales e históricos a la producción capitalista se enfrentan a agentes particulares. Estos límites no se enfrentan a los agentes individuales inmediatamente como tales, sino que aparecen en la forma de competencia por las materias primas, los medios de producción y subsistencia, la fuerza de trabajo, el crédito o para asegurar mercados para las mercancías.

El trabajador no tiene otra opción que aceptar estas barreras como límites. Él o ella debe vender su categoría particular de fuerza de trabajo y comprar los medios de subsistencia necesarios para vivir. Sin embargo, mientras que la fuerza de trabajo está inevitablemente ligada a la forma corporal del trabajador, el capital no tiene tales impedimentos fisiológicos. Así pues, por muy concretas que puedan ser estas barreras como límites a la acumulación del capital en su conjunto, a los capitales individuales sólo les parecen barreras que hay que superar. El capitalista no da por sentadas las condiciones de producción ni la extensión del mercado, sino que las enfrenta como barreras a la producción y realización de plusvalía, barreras que hay que superar revolucionando las fuerzas productivas, intensificando el trabajo, ampliando la jornada laboral y ampliando el

mercado a escala mundial. El capitalista que sea capaz de superar estas barreras obtendrá una ganancia excedente y, por tanto, tendrá un incentivo para desarrollar las fuerzas productivas, sin tener en cuenta los límites del mercado. Esta relación dinámica entre la producción y la realización de plusvalía es la fuente del dinamismo que constituye la justificación histórica del modo de producción capitalista, pero cuyo carácter contradictorio describe también los límites históricos del capitalismo. Para ver esto con más claridad, es necesario examinar esta relación más de cerca.

6. SOBREPRODUCCIÓN, COMPETENCIA Y DINÁMICA DE ACUMULACIÓN

La competencia capitalista no es más que la manifestación cotidiana de la tendencia a la sobreproducción de mercancías. Lejos de resolver la tendencia a la crisis, la competencia expresa la amenaza de extinción que enfrenta todo capitalista, de la cual las crisis son sólo la expresión más dramática. En este sentido, la competencia es a la vez el presupuesto y la manifestación de la tendencia a la sobreproducción inherente a la forma social de la producción capitalista. Esto, más que un esencialismo metafísico, es lo que Marx quiso decir cuando escribió:

Conceptualmente, la competencia no es otra cosa que la naturaleza interna del capital, su carácter esencial, que aparece y se realiza como la interacción recíproca de muchos capitales entre sí, la tendencia interna como necesidad externa [...]. El simple concepto de capital tiene que contener sus tendencias civilizadoras, etc.; no deben aparecer, como en los libros de economía hasta ahora, meramente como consecuencias externas. Lo mismo ocurre con las contradicciones que luego se liberan, que se muestran ya como latentes en él (*Grundrisse*: 366).

Los desequilibrios de producción y consumo, que subyacen a la tendencia a la crisis, no son resultados accidentales de la “anarquía del mercado”, sino que expresan contradicciones más profundas en el corazón del modo de producción capitalista.

El propósito de la producción capitalista no es el consumo, sino la expansión del valor mediante la producción y realización de plusvalía. En las primeras etapas del desarrollo capitalista el capitalista aumentó la producción de plusvalía al extender la jornada laboral y forzar los salarios a ser inferiores al valor de la fuerza de trabajo. Sin embargo, tales métodos se enfrentaron a la barrera fisiológica de la resistencia del trabajador y a la barrera social de la resistencia de la clase obrera. En el capitalismo maduro, el capitalista supera estas barreras revolucionando los métodos de producción para aumentar la productividad del trabajo, elevando así la tasa de ganancia gracias a la reducción del costo de los medios de producción y el valor de la fuerza de trabajo. El resultado de estos esfuerzos es que los capitalistas arrojan una masa cada vez mayor de mercancías al mercado. Sin embargo, este aumento de la producción no ha sido motivado por un deseo de satisfacer la demanda en expansión, sino por un deseo de aumentar la producción de plusvalía.

La producción de plusvalía se logra únicamente mediante la expansión de la masa de mercancías producidas por una masa dada de fuerza de trabajo. Cuanto más éxito tenga el capitalista en superar las barreras a la producción de un valor ampliado, mayor será el aumento de la masa de mercancías producidas. Cuanto mayor sea la extensión de la sobreproducción, más feroz será la competencia entre los capitalistas en una rama particular de la producción, y mayor será la presión para expandir la producción de plusvalía que enfrentarán como una fuerza externa. Así, el impulso para aumentar la producción de plusvalía, aunque impuesto por la competencia capitalista, no está confinado dentro de los límites del mercado, sino que está sujeto a sus propias leyes, que determinan la tendencia a expandir la producción *sin tener en cuenta los límites del mercado*. Estas leyes están definidas no por la irracionalidad subjetiva del capitalista, sino principalmente por *el*

desarrollo desigual de las fuerzas de producción a medida que los capitalistas luchan por una ventaja competitiva. Sin embargo, si los capitalistas han de realizar su capital ampliado en forma de dinero, tienen que encontrar compradores para la masa ampliada de mercancías producidas.

El afán de aumentar la producción de plusvalía lleva a los capitalistas a aumentar constantemente la masa de mercancías producidas. Al mismo tiempo, buscan constantemente economizar en el uso del trabajo vivo y de los elementos del capital constante. La consecuencia inmediata de esta contradicción es que el crecimiento del mercado tiende constantemente a retrasarse respecto del crecimiento de la producción. Sin embargo, no es legítimo concluir, como lo hacía la teoría tradicional del subconsumo, que la tendencia inmanente a la sobreproducción implica que la sobreproducción/subconsumo general será el resultado final. Para rastrear las consecuencias de esta tendencia inmanente a nivel de la acumulación de capital en su conjunto, debemos rastrear los pasos intermedios a través de los cuales debe desarrollarse la tendencia inmanente, primero dentro de una rama particular de producción y luego dentro del sistema de producción en su totalidad.

El resultado inmediato de la tendencia inmanente a la sobreproducción en una rama particular de producción es la competencia a la que se enfrentan los capitalistas cuando intentan realizar sus capitales ampliados. Sin embargo, los capitalistas no enfrentan el mercado limitado como un obstáculo a sus ambiciones. Esto es obvio para el capitalista más exitoso, ya que sus métodos de producción más avanzados le ofrecerán la perspectiva de obtener un beneficio excedente. Así, la respuesta inmediata de los capitalistas más avanzados al surgimiento de la sobreproducción es expandir aún más la producción y hacerlo lo más rápidamente posible para aprovechar las oportunidades favorables del mercado mientras aún persistan.

La competencia presiona con más fuerza a los capitalistas más atrasados, que no pueden realizar su capital ampliado a la tasa de ganancia vigente. Sin embargo, es muy poco probable que los capitalistas menos exitosos respondan a esa competencia liquidando

inmediatamente su capital para restablecer el equilibrio entre la oferta y la demanda, sobre todo, porque una proporción sustancial de su capital estará inmovilizado en existencias, capital fijo y trabajo en curso y, por lo tanto, sólo podrá liquidarse gradualmente. Además, si reducen sus precios, tendrán que revaluar inmediatamente sus stocks y su capital fijo, lo que conducirá a una fuerte caída de la tasa de ganancia y a un deterioro de su solvencia crediticia. La respuesta inmediata de los capitalistas menos exitosos a una mayor competencia será tratar de mantener sus precios de venta, de modo que puedan seguir mostrando una ganancia en el papel, ampliando sus préstamos para continuar produciendo, mientras tratan de deshacerse de sus stocks mediante una comercialización agresiva y esperan que sus reveses sean sólo temporales. Por lo tanto, en lugar de restringir dócilmente su ambición a la barrera del mercado limitado, es probable que incluso los capitalistas menos exitosos enfrenten el mercado como una barrera que deben superar.

El intento de superar la barrera del mercado limitado, impuesta por la presión de la competencia, determina la tendencia del capital a desarrollar nuevas necesidades y a expandir el mercado a escala mundial. Sin embargo, la expansión del mercado no hace nada para contener la tendencia a la sobreacumulación de capital y la sobreproducción de mercancías, sino que, más bien, elimina las barreras a tales tendencias, barreras que reaparecen tan pronto como la producción vuelve a superar los límites del mercado.

Si los capitalistas no son capaces de superar la barrera del mercado, su reacción inmediata a la caída de los precios será la de recortar los costes. Algunos intentarán reducir los costes rebajando los salarios, intensificando la jornada laboral e intensificando el trabajo con la esperanza de capear el temporal. Otros pueden intentar reducir sus costes introduciendo a su vez métodos de producción más avanzados, contribuyendo así a la creciente sobreproducción de mercancías. Mientras tanto, los capitalistas más avanzados, que todavía pueden obtener un beneficio excedente a pesar de la caída de los precios, aumentarán su inversión, intensificarán el trabajo y extenderán la jornada laboral con la esperanza de sacar provecho

de su buena suerte antes de que los acontecimientos tomen un cariz desfavorable. Así pues, la tendencia a la sobreproducción, mediante una presión creciente sobre los capitales individuales, subyace a la tendencia a revolucionar las fuerzas de producción, a intensificar el trabajo y a ampliar la jornada laboral, y, por tanto, también a la permanencia de la lucha de clases en el punto de producción.

El gran éxito de los capitalistas en mejorar las condiciones para la realización del plusvalor –creando nuevas necesidades, abriendo nuevos mercados y mejorando las condiciones para la producción del plusvalor haciendo bajar los salarios, intensificando el trabajo y revolucionando las fuerzas de producción–, no hace más que intensificar la tendencia a la sobreacumulación de capital, la sobreproducción de mercancías y la presión de la competencia. Tarde o temprano la barrera del mercado reaparecerá en forma de límite; la amenaza siempre inmanente en la competencia se hace patente cuando la presión competitiva da paso a una crisis abierta y se elimina la sobreproducción mediante la devaluación del capital, la destrucción de la capacidad productiva y la redundancia de fuerza de trabajo.

En la crisis, no serán necesariamente los productores menos eficientes los que se verán obligados a declararse en quiebra. El capitalista conservador, que utiliza equipos anticuados, pero soporta una carga de deuda muy pequeña, reduce al mínimo los stocks mediante la producción por encargo y depende de las transacciones en efectivo, podrá capear el temporal, mientras que el capitalista más avanzado, con altos costos fijos y una pesada carga de deuda, puede ser uno de los primeros en derrumbarse. No obstante, la quiebra liberará los activos de este último de la carga de la deuda, proporcionando los medios para restablecer la rentabilidad. Así, la reestructuración de la producción tras la crisis también implica una reestructuración de las relaciones de propiedad dentro de la clase capitalista, la centralización y socialización del capital y la concentración de los medios de producción, proporcionando la base para una renovada acumulación a un nivel técnico y social más elevado.

La tendencia a la acumulación de capital hasta adoptar la forma de sobreacumulación y crisis no es una tendencia patológica,

sino la forma normal de la acumulación capitalista en todas las ramas y sectores de la producción social en todos los tiempos. Es una tendencia que se deriva del desarrollo desigual de las condiciones de producción y circulación de mercancías, que asegura que las posibilidades de obtener plusganancias no se vean limitadas por los límites del mercado, de modo que los capitalistas tienden siempre a desarrollar la producción más allá de esos límites. La tendencia a la sobreproducción subyace a la amenaza de crisis que se cierne sobre todo capitalista y que se manifiesta inmediatamente en la presión de la competencia. En este sentido es la tendencia más fundamental del modo de producción capitalista, pues subyace a la forma permanentemente antagónica de las relaciones sociales de producción capitalista, ya que el capitalista se ve obligado a mantener bajos los salarios, a intensificar el trabajo y a prolongar la jornada laboral. Pero también subyace a la tendencia del capital a desarrollar las fuerzas de producción, a ampliar el mercado mundial y a crear nuevas necesidades. Así, pues, abstraerse de la tendencia a la sobreproducción, del proceso dinámico y destructivo a través del cual tienen lugar las “revoluciones en el valor”, es abstraerse no sólo de las tendencias de crisis inherentes a la acumulación de capital, sino también de las tendencias progresivas del modo de producción capitalista.

La tendencia a la sobreacumulación y a la crisis subyace tanto al dinamismo como a los límites del modo de producción capitalista. Es la forma esencial de la acumulación capitalista en todas las ramas de la producción. Dentro de cada rama de producción en particular, esta tendencia aparece en forma de competencia, que expresa la tendencia del capital a expandir la capacidad productiva más allá de los límites del mercado, y a través de la cual la producción vuelve a los límites del mercado sólo mediante la devaluación del capital y la destrucción de la capacidad productiva. La tendencia a la sobreacumulación y a la crisis es, pues, la realidad cotidiana de la existencia capitalista. Cuando consideramos el proceso de acumulación en su totalidad, resulta evidente que la ampliación de la producción en una rama de producción amplía el

mercado para otra, de modo que “el crecimiento balanceado” de la producción permanece como una posibilidad formal.

Sin embargo, la tasa de crecimiento de la producción en las distintas ramas de producción está determinada principalmente por el desarrollo desigual de las condiciones de producción, más que por las diferentes tasas de crecimiento de los mercados para sus productos. Así, la tendencia a la sobreproducción, que es la fuerza motriz del desarrollo de la acumulación capitalista, no se manifiesta en forma de una tendencia a la sobreproducción de mercancías, sino en forma de un desarrollo desproporcional de las distintas ramas de producción.

La tasa de crecimiento del mercado tiene sólo un impacto secundario y equívoco sobre la tendencia a la sobreproducción en una rama particular de la producción. Un mercado de rápido crecimiento puede absorber un producto en crecimiento y facilitar la liquidación sin problemas de los capitales atrasados, pero aumentará igualmente las oportunidades de obtener un beneficio excedente y, por lo tanto, aumentará la tendencia a la sobreproducción. Un mercado de crecimiento lento restringirá las oportunidades de obtener un beneficio excedente y, por lo tanto, el estímulo a la sobreacumulación, pero puede imponer la liquidación rápida de los capitalistas atrasados, con resultados potencialmente disruptivos. Además, mientras que un mercado de rápido crecimiento proporciona el mayor incentivo positivo para la innovación, al ofrecer las mayores oportunidades de obtener un beneficio excedente, un mercado de crecimiento lento conduce a la mayor presión competitiva para innovar y evitar la amenaza de liquidación. No hay forma de que la teoría pueda predecir cuál de estos factores predominará.⁷

⁷ Desde los experimentos monetarios de John Law a principios del siglo XVIII, el debate entre “inflacionismo” y “deflacionismo” se ha centrado en diferentes evaluaciones de la relación entre las restricciones y oportunidades del mercado, por una parte, y el curso de la acumulación, por otra. La experiencia de los experimentos “keynesianos” y “monetaristas” durante las últimas tres décadas parece indicar que la tasa de crecimiento del mercado, si bien afecta el ritmo de la acumulación, tiene poco im-

La teoría de la sobreproducción no conduce a un subconsumo sino a una teoría de la desproporcionalidad de la crisis general. Sin embargo, tales desproporcionalidades no son meramente el resultado contingente de la “anarquía del mercado”, que puede corregirse mediante una intervención estatal adecuada, sino que son el resultado necesario de la forma social de la producción capitalista.

7. LA TENDENCIA A LA SOBREPRODUCCIÓN, EL CRÉDITO Y LAS CRISIS GENERALES DE SOBREACUMULACIÓN

La “necesidad de la crisis” es inherente a la forma social de la producción capitalista, como contrapartida inevitable del dinamismo del modo de producción capitalista. Sin embargo, la permanencia de las tendencias a las crisis inherentes a la acumulación no implica que dichas tendencias se realicen necesariamente en la forma de una crisis general de sobreacumulación. Para comprender las condiciones de esa crisis general tenemos que examinar más de cerca las condiciones de la acumulación sostenida de capital y, en particular, el papel del crédito en la acumulación de capital en su conjunto.

La acumulación sostenida de capital depende de la capacidad del capital para suspender la contradicción inherente a la forma social de la producción capitalista. Por un lado, el dinamismo de la acumulación capitalista deriva de la tendencia a superar todas las barreras a la acumulación mediante la expansión de la producción sin tener en cuenta los límites del mercado. Por otra parte, la barrera del mercado es la forma en que los límites externos e internos de la acumulación se enfrentan los capitales particulares en la competencia por los medios de producción, la fuerza de trabajo y los mercados para sus productos. El límite externo al ritmo de la

pacto en la tendencia a la sobreacumulación y al desarrollo desigual del capital, ya que tiene poco impacto en las condiciones de producción.

acumulación en su conjunto está determinado por la tasa a la que el capital puede transformar los recursos humanos y naturales en fuerza de trabajo y los elementos del capital constante. El límite interno está determinado por las exigencias proporcionales de la reproducción ampliada. Si bien los capitalistas tratan constantemente de superar estas barreras, no pueden disolverlas por completo. Por lo tanto, la acumulación sostenida depende de confinar el desarrollo de las fuerzas de producción dentro de los límites materiales expresados en la barrera del mercado.

El crédito es el medio por el cual el capital suspende esta contradicción. Por una parte, la disponibilidad de crédito libera al capitalista de los límites del mercado al liberarlo de la necesidad de realizar su capital en forma de dinero. Por otra parte, los límites a la disponibilidad de crédito definen los límites de esta libertad.

Sin embargo, el crédito no elimina las barreras a la acumulación. Por lo tanto, sólo puede *suspender* la contradicción inherente al modo de producción capitalista, pero no puede *resolverla*. Por una parte, la expansión del crédito le da al capital el tiempo necesario para eliminar las barreras a la acumulación movilizandolas contra tendencias a la sobreacumulación y al desarrollo desigual del capital. Por otra parte, al liberar al capital de la disciplina del mercado, la expansión del crédito lo libera de la amenaza inmediata de extinción que, de otro modo, lo obligaría a eliminar esas barreras. Examinemos más de cerca el papel del crédito en la dinámica de la acumulación.

Hemos visto que las barreras a la acumulación inherentes a la forma contradictoria de la producción capitalista aparecen inmediatamente ante el capitalista individual en forma de competencia. Los límites a la capacidad del capitalista para superar estas barreras se le presentan en forma de disponibilidad limitada de dinero, ya sea en manos de sus clientes para comprar sus mercancías o en sus propias manos para renovar la acumulación. El crédito proporciona los medios para superar estas barreras. “Todo el sistema crediticio, y el exceso de comercio, la sobre especulación, etc., que lo acompañan, se basa en la necesidad de expandirse y superar las barreras a la circulación y la esfera del intercambio” (*Grundrisse*: 369).

En el auge, el crédito parece tener el poder mágico de suspender por completo las barreras a la acumulación de capital, proporciona financiación para nuevas empresas y sostiene a los capitalistas no rentables durante los períodos de dificultad. El único límite a la acumulación parece ser la disponibilidad de crédito. A medida que el auge cobra impulso, la fácil disponibilidad de crédito y la negociabilidad del dinero de crédito reducen la demanda de efectivo, de modo que los bancos pueden reducir sus coeficientes de efectivo y seguir alimentando el auge mediante la expansión del crédito. A medida que el capital supera las barreras a la acumulación, las deudas se pagan regularmente, prevalece un estado de ánimo de optimismo y el crédito se vuelve barato y libremente disponible.

En principio, la acumulación podría continuar indefinidamente, si el capital fuera capaz de superar las barreras a la acumulación. Sin embargo, al suspender las barreras de la acumulación, la expansión del crédito da rienda suelta a la tendencia a la sobreacumulación y al desarrollo desigual del capital, de modo que es probable que las desproporcionalidades sean acumulativas, alimentadas por el crecimiento desenfrenado del crédito. Al principio, la sobreproducción de mercancías en determinadas ramas de producción puede ser absorbida por la expansión del crédito y por la liquidación de los pequeños productores y capitalistas más pequeños, que tienen un acceso limitado al crédito y cuya quiebra ejerce poca presión sobre el sistema financiero. Sin embargo, la expansión del crédito estimulará la sobreacumulación continua y el desarrollo desigual del capital, inflando aún más la demanda de crédito. Mientras tanto, el aumento de los precios de los productos de las ramas de producción menos dinámicas, y tal vez también el aumento de los salarios, ejercen una presión adicional sobre las ganancias de los capitalistas en las ramas de producción sobre expandidas. La expansión continua del crédito puede aliviar esta presión sobre las ganancias, pero sólo alimentando la inflación. El aumento de los precios puede sostener la acumulación erosionando los salarios, inflando las ganancias contables de los capitales en apuros y devaluando el capital monetario en beneficio del capital productivo. Sin embargo, a medida que el

crecimiento desenfrenado del crédito neutralice la barrera del mercado, aumentará el desarrollo desigual de las diversas ramas de producción, aumentará la presión sobre los capitalistas más débiles y se acelerará la inflación.

Eventualmente, el auge debe romperse cuando la expansión del crédito alcance sus límites. El acontecimiento que precipita el colapso puede estar alejado de la causa subyacente de la crisis y puede ser aparentemente insignificante. Cualquiera que sea el desencadenante del colapso [*crash*], cobrará impulso a medida que la contracción del crédito precipite impagos que se extiendan a través del sistema financiero y productivo en un espiral destructivo. En la crisis, la sobreacumulación de capital aparece de repente en la forma de una masa de deuda sin valor y una enorme sobreproducción de mercancías, lo que conduce a la devaluación masiva del capital productivo y la destrucción de la capacidad productiva, y a un enorme aumento del ejército de reserva de fuerza de trabajo, en un espiral acumulativo que sólo se detendrá cuando se hayan restablecido las condiciones para la acumulación rentable.

8. EL CRÉDITO Y LA REGULACIÓN DE LA ACUMULACIÓN

El ciclo de sobreacumulación y crisis que hemos esbozado más arriba ha sido familiar para los economistas durante más de doscientos años. Sin embargo, la fuente de la forma cíclica de acumulación en las contradicciones inherentes al modo de producción capitalista no es tan obvia. Para los economistas burgueses, el ciclo de auge y depresión siempre ha parecido ser un fenómeno monetario, cuyas causas últimas son psicológicas o políticas.

El auge ha sido estimulado por la expansión del crédito; el colapso provocado por su contracción. La sobreacumulación de capital durante el auge parece haber sido el resultado del entusiasmo excesivo de los capitalistas, arrastrados por una ola psicológica de optimismo. Este optimismo era compartido por los banqueros, cuya

sobre expansión del crédito alimentó el auge, y cuyos juicios imprudentes permitieron los excesos especulativos y los proyectos fraudulentos cuyo colapso precipitó la crisis. La gravedad de la crisis y la profundidad de la depresión parecen ser igualmente el resultado de la psicología de los capitalistas. Una “pérdida de confianza” irracional lleva a los capitalistas a retirar su dinero de la circulación como capital productivo en busca de un refugio más seguro, mientras que la prudencia recién adquirida por los banqueros les impide conceder crédito a todo aquello que no sea una inversión sólida.

Esto da lugar a la ilusión de que una política monetaria adecuada puede superar la forma cíclica de acumulación frenando la sobre expansión del crédito en el auge y prestando libremente frente a la crisis. Esta ilusión persiste, a pesar del hecho de que las autoridades monetarias han fracasado singularmente en su intento de lograr esa cura milagrosa, porque parece que cada uno de esos fracasos puede atribuirse a la “irresponsabilidad” de las autoridades, que se dejan llevar por la psicología de los banqueros o, peor aún, por las ambiciones inflacionarias de los políticos populistas. Sin embargo, la expansión y contracción del crédito no es una cuestión del capricho de los banqueros o de la irresponsabilidad de las autoridades monetarias, sino que expresa la contradicción entre la tendencia del capital a desarrollar las fuerzas productivas sin límites y la necesidad de confinar la producción dentro de los límites de la reproducción ampliada del capital.

El estado, en primera instancia a través de sus políticas fiscales y monetarias, puede claramente tener un impacto en el curso de la acumulación, y estas políticas son, por consiguiente, objeto de luchas políticas y de clase. Sin embargo, si bien los diferentes regímenes regulatorios tendrán un impacto diferente en el curso de la acumulación, no pueden superar la forma contradictoria de la acumulación, sino que simplemente pueden reforzar uno u otro polo de la contradicción.

Un régimen crediticio restrictivo, que confina la acumulación dentro de los límites del mercado, somete a los capitalistas a la presión competitiva que los obliga, so pena de extinción, a superar

las barreras a la acumulación mejorando los métodos de producción, abriendo nuevas fuentes de suministro y desarrollando nuevos mercados. Al mismo tiempo, sin embargo, limita los medios y las oportunidades disponibles para que los capitalistas puedan superar esas barreras, de modo que cada barrera se convierte en un límite que amenaza con detener la acumulación en su camino.

Un régimen crediticio liberal libera al capital de la barrera del mercado y, por lo tanto, estimula la acumulación, pero no puede garantizar por sí mismo que el capital aproveche la oportunidad para superar las barreras a la acumulación sostenida, liberando así también la tendencia a la sobreacumulación y al desarrollo desigual con el riesgo concomitante de crisis y colapso.

En principio, sería posible adoptar un camino intermedio y llevar a cabo una política económica de modo que los capitalistas se encuentren bajo una presión competitiva suficiente para obligarlos a superar las barreras a la acumulación sostenida, mientras que el crédito es lo suficientemente flexible como para sostener un crecimiento constante y asegurar que las liquidaciones inevitables no comprometan la estabilidad del sistema en su conjunto. Éste es el Santo Grial de una política económica estabilizadora que los economistas burgueses han buscado durante los últimos doscientos años. Pero el Santo Grial sólo se encuentra al final del arco iris. Los economistas suelen pensar que lo han encontrado en las políticas aplicadas por los gobiernos de las naciones que hoy tienen éxito, sólo para descubrir que esas políticas aplicadas en circunstancias diferentes tienen efectos muy diferentes. La evidencia de los giros y vueltas de la política económica, a nivel mundial y en diferentes países, durante las últimas dos décadas parecería establecer de manera concluyente que no existe tal Santo Grial. La intervención estatal está necesariamente confinada dentro de los límites de la forma contradictoria de la producción capitalista que aparece en la tendencia a la sobreacumulación y a la crisis.

Si resulta posible identificar e implementar un conjunto de políticas que permitan la acumulación sostenida de capital, tal logro no debe atribuirse al poder del estado ni a la sabiduría y la

experiencia de sus asesores, sino a la capacidad del capital para superar las barreras a la acumulación sostenida. No se puede predecir de antemano si el capital será capaz de superar las barreras que le impiden seguir reproduciéndose, ya que depende del resultado de luchas históricas concretas, libradas en condiciones sociales, institucionales y tecnológicas específicas, en las que las luchas políticas y la intervención del estado desempeñan un papel, pero sólo un papel. Del mismo modo, el fracaso del capitalismo en superar estas barreras, aunque esté condicionado por las leyes del movimiento del modo de producción capitalista, no es una mera “crisis económica” que expresa el funcionamiento de las leyes económicas, sino una crisis social, una crisis de la lucha por la reproducción de las relaciones sociales de producción capitalistas, que incluye inseparablemente una lucha política por las formas institucionales y las políticas y prácticas del estado.⁸

CONCLUSIÓN

Ahora podemos ver que las desproporcionalidades, que Tugan-Baranowski identificó correctamente como la fuente de las crisis generales, no son meramente el resultado contingente de la “anarquía del mercado”, sino el resultado necesario de la forma social de producción capitalista, la expresión de la tendencia a la sobreproducción de mercancías. También podemos ver que la tendencia a la sobreproducción no es una patología del mercado ni una expresión de la irracionalidad subjetiva de los capitalistas. Es inherente a la forma social de producción capitalista como produc-

⁸ En Clarke, 1988a exploro la relación entre las tendencias históricas de acumulación, la forma del Estado capitalista, la ideología económica y la política económica dentro del contexto del desarrollo histórico de la lucha de clases durante los últimos dos siglos.

ción de plusvalía, expresión de la tendencia constante del capital a revolucionar las fuerzas productivas, que es a la vez la fuerza motriz y la justificación histórica del modo de producción capitalista.

La tendencia a desarrollar las fuerzas productivas sin límites entra en conflicto con las relaciones sociales de producción capitalista cuando el capitalista enfrenta el mercado como una barrera a la realización de su capital ampliado, barrera que el capitalista trata de superar desarrollando nuevas necesidades, expandiendo el mercado a escala mundial, intensificando la explotación y revolucionando aún más los métodos de producción. Sin embargo, en cierto punto esta barrera se convierte en un límite, un límite al que el capital se adapta no mediante el ajuste suave de la oferta a la demanda, sino mediante revoluciones en el valor que provocan la devaluación del capital, la destrucción de la capacidad productiva y la redundancia del trabajo. Cuando la reproducción del capital se convierte en una barrera para el desarrollo ulterior de las fuerzas productivas del trabajo social, el capitalismo pierde los últimos vestigios de su reivindicación de un papel histórico progresivo.

Las tendencias a las crisis inherentes a la forma social de la producción capitalista sólo salen a la superficie en una crisis si el capital no logra superar las barreras a la acumulación. Es en este sentido que una crisis es sólo la manifestación superficial de las contradicciones inherentes al capital. Una crisis de este tipo puede limitarse a una rama de producción determinada, que puede resolverse mediante la liquidación de capitales y la destrucción de la capacidad productiva dentro de esa rama, sin tener consecuencias generalizadas. Por otra parte, una crisis puede generalizarse, en cuyo caso la tendencia a la sobreacumulación aparece en forma de sobreproducción generalizada y de crisis general.

Sin embargo, no es en absoluto cierto que las contradicciones y las tendencias a la crisis de la acumulación permanezcan latentes hasta el fatídico día de la crisis general. La tendencia a que la acumulación de capital y el desarrollo de las fuerzas productivas adopten la forma de sobreacumulación y crisis es la forma esencial de acumulación en todas las ramas de producción en todos los

tiempos, cuya manifestación permanente es la lucha de clases por la producción de plusvalía y la lucha competitiva por su realización, a medida que los capitalistas tratan de superar las barreras sociales y naturales a la acumulación inherentes a la forma social de la producción capitalista. La “necesidad de la crisis” no es, por tanto, una cuestión de la inevitabilidad del colapso capitalista, sino de la permanencia de estas luchas de clase y competitivas, por un lado, y de la devaluación regular del capital y la destrucción de la capacidad productiva, por el otro.

La necesidad de la crisis para el marxismo no es la necesidad de un colapso terminal, es la necesidad permanente de la lucha de clases. Las contradicciones del capitalismo no permanecen latentes hasta el fatídico día de la crisis general, sino que presentan una barrera permanente a la realización de las aspiraciones materiales y sociales de la clase trabajadora, individualmente y en su conjunto. Si bien esta barrera aparece inmediatamente en la forma del capitalista individual, detrás del cual se encuentra la presión de la competencia capitalista, su fundamento último es el propio modo de producción capitalista.

BIBLIOGRAFÍA

- Aglietta, Michel (1979). *Theory of Capitalist Regulation*. London: New Left Books. Traducción al español: Aglietta, Michel (1999). *Regulación y crisis del capitalismo. La experiencia de los Estados Unidos*. México: Siglo XXI.
- Bell, Peter (1977). “Marxist Theory, Class Struggle, and the Crisis of Capitalism”. En Schwartz, Jesse (Ed.), *The Subtle Anatomy of Capitalism*, Santa Monica: Goodyear Publishing Company.
- Boddy, Raford and Crotty, James (1975). “Class Conflict and Marco Policy”. *Review of Radical Political Economics*, 7(1).
- Clarke, Simon (1980). “The Value of Value”. *Capital and Class*, 10, 1-17.
- Clarke, Simon (1988a). *Keynesianism, Monetarism and the Crisis of the State*. Aldershot: Edward Elgar and Vermont: Gower.

- Clarke, Simon (1988b). "Overaccumulation, Class Struggle and the Regulation Approach". *Capital and Class*, 36, 59-92 ["Sobreaacumulación, lucha de clases y el enfoque de la regulación", en AAVV, *Los estudios sobre el Estado y la reestructuración capitalista* (pp. 97-141). Buenos Aires: Tierra del Fuego, 1992].
- Clarke, Simon (1989). "The Basic Theory of Capitalism". *Capital and Class*, 37, 133-150.
- Cogoy, Mario (1972). "Les théories néo-Marxistes, Marx et l'accumulation du Capital". *Les Temps Modernes*.
- Cogoy, Mario (1973a). "A Reply to Paul Sweezy's 'Some Problems in the Theory of Capital Accumulation'". *Bulletin of the CSE*, Autumn.
- Cogoy, Mario (1973b). "The Fall in the Rate of Profit and the Theory of Accumulation". *Bulletin of the CSE*, Winter.
- Engels, Friedrich (1962). *Anti-Dühring*. Moscow: FLPH [2014. *Anti-Dühring. La revolución de la ciencia por el señor Eugen Dühring*. España: Fundación Federico Engels].
- Glyn, Andrew and Sutcliffe, Bob (1972). *British Capitalism, Workers and the Profit Squeeze*. Harmondsworth: Penguin.
- Itoh, Makoto (1980). *Value and Crisis*. London: Pluto; New York: Monthly Re-view.
- Itoh, Makoto (1988). *The Basic Theory of Capitalism*. London: Macmillan.
- Mage, S. H. (1963). "The Law of the Falling Tendency of the Rate of Profit". Tesis doctoral. Columbia University. University Microfilms International.
- Mandel, Ernest (1968). *Marxist Economic Theory. 2 vols*. London: Merlin [1969. *Tratado de economía marxista. 2v*. México: Era].
- Marx, Karl (1961). *Capital*. Volume I. Moscow: FLPH.
- Marx, Karl (1981). *Capital*. Volume III. Harmondsworth: Penguin [2009. *El Capital. Crítica de la Economía Política. El proceso global de la producción capitalista*, Libro III, Vol. VII. México: Siglo XXI.]
- Marx, Karl (1973). *Grundrisse*. Harmondsworth: Penguin [2007. *Elementos fundamentales para la crítica de la Economía política (Grundrisse) 1857-1858*, V. 1. México: Siglo XXI.]
- Marx, Karl n.d., (1968, 1971). *Theories of Surplus Value. 3 Vols*. Moscow: FLPH, Progress Publishers. [1980. *Teorías sobre la plusvalía II. Tomo IV de El Capital*. México: Fondo de Cultura Económica.]

- Mattick, Paul (1969). *Marx and Keynes*. Boston: Porter Sargent.
[1975. *Marx y Keynes*. México: Era]
- Preiser, Erich (1924). "Das Wesen der marxschen Krisentheorie". Reprinted in *Politische Oekonomie im 20. Jahrhundert*, Munich 1970.
- Rosdolsky, Roman (1977). *The Making of Marx's Capital*. London: Pluto [2004. *Génesis y estructura de El Capital (estudio sobre los Grundrisse)*. México: Siglo XXI].
- Schwartz, Jesse (Ed.). (1977). *The Subtle Anatomy of Capitalism*. Santa Monica: Goodyear.
- Sweezy, Paul (1946). *The Theory of Capitalist Development*. London: Dobson [1974. *Teoría del desarrollo capitalista*. México: Fondo de Cultura Económica].
- Walker, Richard (1988). "The Dynamics of Value, Price and Profit". *Capital and Class*, 35, 143-182.
- Weeks, John (1979). "The Process of Accumulation and the 'Profit Squeeze' Hypothesis". *Science & Society*, Fall.
- Weeks, John (1981). *Capital and Exploitation*. Princeton: Princeton UP; London: Edward Arnold.
- Weeks, John (1982). "Equilibrium, Uneven Development and the Tendency for the Rate of Profit to Fall". *Capital and Class*, 16, 62-77.
- Wright, Erik Olin (1977). "Alternative Perspectives in the Marxist Theory of Accumulation and Crisis". En Schwartz, Jesse (Ed.), *The Subtle Anatomy of Capitalism*, Santa Monica: Goodyear Publishing Company.
- Yaffe, David (1972). "The Marxian Theory of Crisis, Capital and the State". *Bulletin of the CSE*, Winter ["Crítica de la economía política". Edición latinoamericana. N. 16/17. El Caballito, México, 1980, 71-137]